

INSTRUCCION DECIMOQUINTA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION OCTAVA.

MALES DEL ALMA Ó DEL CUERPO DE QUE ROGAMOS A DIOS QUE NOS CURE Ó PRESERVE EN ESTE MUNDO Y EN EL OTRO.

TEXTO. — *Sed libera nos a malo...* Mas libranos de mal.

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Carísimos hermanos, más de una vez, leyendo el Evangelio, se me ha acudido una reflexión. Cada línea, cada palabra de este divino libro es, adorable Salvador, una afirmación de vuestra bondad inmensa, de esa amplia misericordia que os había llevado á tomar un cuerpo y un alma por los infelices pecadores. De todas partes acudían á él los pobres enfermos reclamando de su omnipotencia la curación de sus dolencias corporales, y él, sonriendo ante sus deseos, queriendo no solamente curarles, sino además instruirles, añadía á la curación de sus cuerpos la remisión de sus pecados, es decir la curación de sus almas... Un centurión reclama simplemente la curación de su servidor, pero la bondad de Jesús le concederá más, no solamente desaparecerá instantáneamente la enfermedad juzgada mortal cuando el dueño de la vida y de la muerte habrá dicho: «Anda, tu siervo está curado», sino que á esta gracia que ha concedido ya se añadirá otra gracia especial; se concederá el don de la fé á aquel hombre y á toda su familia, creará y su familia creará con él...

Ved ahí á un pobre paralítico... Llega... pero nó, aquel infeliz no puede hacer movimiento alguno; unos parientes, unos amigos caritativos le han traído acostado en su cama; sólo descendiendo por la azotea han podido penetrar hasta donde se halla Jesucristo. El pobre enfermo está pues colocado á los piés del augusto médico. Valor, amigo mio, Je-

sús te curará; ha curado á tantos otros... El enfermo fué colocado á los piés del Salvador; rencorosos escribas y fariseos estaban allí mirando lo que iba á hacer, escuchando lo que iba á decir. Echando una mirada compasiva sobre aquel paralítico, nuestro divino Salvador admiró sin duda la fé y la caridad de los que se habían dignado conducirlo; y después pronunció estas palabras: «Hijo mio, tus pecados estan perdonados.» — «Señor, habría podido contestar aquel pobre enfermo, no es ésta la gracia que te pido, es la curación de mi dolencia.» Mas nó, el enfermo comprendió sin duda que Jesús le concedía una gracia preferible á la que él iba á pedir... En efecto, la salud del alma es preferible á la del cuerpo. Y para confundir las murmuraciones de los escribas y de los fariseos que le rodeaban, para dar testimonio de su omnipotencia como lo acababa de dar de su misericordia, el divino Maestro añadió: «Estás curado, hijo mio; levántate, coje tu cama y anda.» Y el paralítico, curado en primer lugar de los males de su alma, quedaba igualmente libre de la enfermedad que le atormentaba...

PROPOSICIÓN. — Paréceme, hermanos míos muy amados, que Jesucristo quiso enseñarnos con esta curación y muchas otras, el sentido verdadero que hemos de dar á estas palabras: *Padre nuestro, que estás en los cielos... libranos de mal*, palabras que formarán el asunto de esta instrucción.

DIVISIÓN. — Rogando á Dios que nos libre de mal, le suplicamos; *en primer lugar*, que nos libre de las miserias de esta vida, en cuanto convenga á nuestra salvación; y le pedimos, *en segundo lugar*, y principalmente, que nos preserve del pecado, que es el mayor de todos los males y que no permita nuestra condenación, desgracia irreparable y mayor que todas las demás desgracias.

Primera parte. — Grandes doctores de la Iglesia, tales como san Juan Crisóstomo y san Agustín (1), en lugar de decir: *Libranos de mal*, han traducido: *Libranos del malo*, es decir no permitas que caigamos bajo la influencia de Satanás, no permitas que el pecado nos haga esclavos del demonio. El sentido es casi igual, porque si Dios es la bondad, el bien por excelencia, Satanás es la perversidad, la maldad, el

(1) En el catecismo del Concilio de Trento, séptima petición sobre la *oración dominical*.

mal... Con aquella interpretación, parecería que pedimos simplemente que se nos libre del pecado y de la muerte eterna. La Iglesia es más amplia en su interpretación y nos permite ¿qué digo? nos invita á pedir la liberación de los males temporales... La Iglesia, la santa Iglesia católica, nuestra buena madre; oh! nosotros no la conocemos. Ella se interesa para cada uno de nosotros como para hijos queridos... Abrid esa colección de oraciones que se llama un Ritual, y en él encontraréis fórmulas de bendición, es decir oraciones dirigidas á Dios, ya para los tiempos de lluvia, ya para los de sequía. Vienen días de cólera para el hombre, tiempo de peste para los animales domésticos, que son nuestra ayuda, nuestros auxiliares y á veces todá nuestra fortuna en el cultivo; ese libro tiene oraciones especiales. Con aquellas palabras pues, pedimos también al Señor la liberación de esta clase de males...

En esto, como en todo, hermanos míos muy amados, la Iglesia santa no es más que el intérprete fiel de su divino fundador. Si nuestro Redentor Jesús, cual os decía al empezar, curaba el alma, permitía sin embargo que se le pidiese la curación de los males del cuerpo y siempre acogía favorablemente esta especie de petición ¿Veis, hermanos míos?... el pecado ha hecho pesar sobre Adán y sobre su posteridad dos especies de males: para los cuerpos los sufrimientos, las enfermedades, las miserias de la vida y finalmente un mal á que la omnipotencia de Dios jamás ha querido sustraernos: la muerte. Es inútil enumerar el daño que ha causado á nuestra alma la tendencia al pecado, el pecado mismo, y por último el infierno que es su justo castigo... ¡Pues bien! sí, nuestro mismo Señor Jesucristo nos ha mostrado que podíamos reclamar con confianza de su misericordia la liberación de los males temporales. ¡Pobres leprosos, acudid á su encuentro!... Acudían, hermanos míos muy amados, como infelices enfermos y él les curaba. Y tú que pides limosna en el camino de Jericó, en alta voz te oigo proclamar la piedad de Jesús... ¿Qué pides tú, mi pobre amigo?... Se te rechaza; pero nuestro misericordioso Salvador quiere que te permitan aproximarse á su augusta persona. Eres ciego y unas manos caritativas te conducen á su presencia; y oigo que se te dirige esta pregunta: «¿Qué quieres de mí? — Señor, deseo que me devuelvas la vista...» El pobre

ciego estaba curado... En otro lugar cura de la fiebre á la suegra de san Pedro. Más allá resucita al hijo de la viuda de Naím; más tarde hará salir vivo de la tumba á Lázaro, muerto desde cuatro días antes... Estos y otros mil ejemplos os demuestran, hermanos míos, la confianza con que podemos decirle, hasta en sentido temporal: *Libera nos á malo!* líbranos de mal.

Aquí acude á mi mente una reflexión. Me parece que los milagros sobrados por la gracia de Dios cuando esta gracia nos convierte, con er menos visibles, son menos apreciados por nosotros pobres pecadores que otras maravillas en cierto modo más palpables, que se obran á nuestra vista y que comprenden ciertos favores temporales... Considerad pues á ese infortunado cojo, sentado desde largos años á la puerta del templo. Ve venir á Santiago y á san Juan, tiende á los dos apóstoles una mano acostumbrada á recibir una limosna. En el omnipotente nombre de Jesús san Pedro le cura, y le libra de aquel mal temporal que desde tan largo tiempo padecía...

Pero ¿qué es, hermanos míos carísimos, lo que tan amenudo leemos en los libros que nos hablan de la santísima Virgen? ¿qué vemos en nuestros días?... Cada año, y ayer mismo, centenares de enfermos acuden á los venerados santuarios de la Salette ó de Lourdes ó á otros para implorar del Padre que tenemos en el cielo, por la poderosa intercesión de María, la salud, la curación que anhelan. Esta curación la obtienen con frecuencia de un modo inesperado y milagroso. Los que no la obtienen vuelven á lo menos confiados siempre, pero más resignados con la santa voluntad de Dios. Lo cual, hermanos míos, justifica la observación del Catecismo, que dice: Con estas palabras: *Libranos de mal*, suplicamos al Señor que nos exima de los males y miserias de esta vida en la medida que juzgue necesaria para nuestra salvación. Veo, conozco que todos me habeis comprendido... Paso pues al segundo pensamiento que encierran estas mismas palabras: *Libranos de mal*...

Segunda parte. — Carísimos hermanos, hay una cosa que se nos ha dicho con frecuencia, una verdad que más de una vez nos ha repetido nuestro Salvador, y es que ante todo debemos buscar el reino de los cielos: lo demás importa poco. Dios nos ha colocado en esta tierra para amarle y servirle, y nuestro fin, el objeto supremo de nuestra

existencia es, y no me cansaré **de** repetirlo, el ser un día bienaventurado en el cielo. En nuestros **pensamientos**, en nuestras palabras, en el fondo de nuestras pruebas, lo **mismo** que en medio de nuestras alegrías, a dicha del cielo es el astro **que debe** guiarnos, la brújula en que debemos tener fijos siempre los **ojos**. ¿Qué sería, en efecto, la vida más dichosa en este mundo, si tuviese que ir á terminar en el infierno? El mal rico no estaba enfermo; el **pobre** Lázaro, su vecino, estaba cubierto de llagas; el uno nadaba en las **delicias**, el otro se acostó más de una vez sin haber comido; el **primero** tenía carruajes, estaba rodeado de honores y consideraciones; cuando se divisaba al segundo, encojíanse los hombros y se volvían los ojos á **otro** lado... Realmente, hermanos míos, no exajero; ¿acaso no es lo **que todos** los días vemos? Y allí Jesucristo nos enseña que para el pobre **que** había sufrido durante esta vida, los males se convirtieron en **motivo** de salvación, mientras que las felicidades del mal rico le llevaron á **éste** á su condenación... Nuestra alma, pues, es ante todo y sobre **todo** lo que se ha de salvar; los males que pueden afectarla son los **que** han de inspirarnos temor y han de hacernos repetir con frecuencia : *Padre nuestro, que estás en los cielos... libranos de mal...*

Señor, preservad mi alma **del** pecado, que es un mal mayor que todos los males; Señor, preservadme **del** infierno, mal eterno, irreparable: tal es el deseo que ante todo **debemos** tener cuando decimos : *Libranos de mal.*

Que el pecado mortal es **el** mayor de todos los males, hermanos míos muy amados, es una **verdad** que se nos ha repetido con frecuencia, una verdad sobre la cual **nuestro** divino Salvador nos ha dado preciosas enseñanzas. Ahí vemos á un **avaro** que dice : La cosecha es magnífica; ensancharé mis graneros y le **diré** á mi alma : goza de tus riquezas. « Desgraciado, dice nuestro **Salvador**, esta noche misma se te reclamará tu alma; ¿de qué te servirán tus caballos, tus abundantes cosechas, si no te hallas en estado de **gracia**?.. » En otro paraje nos indica que, aun cuando se hubiese ganado **el** universo entero, nada compensaría la pérdida del alma. ¡El pecado mortal, el que expone nuestra alma á la condenación! Sí, realmente, como dice el catecismo, es el mayor de los males, el que debemos **temer** más... Ahí teneis á un ilustre

prelado, célebre por su doctrina y por las persecuciones que sufrió, san Edmundo, arzobispo de Cantorbéry. Que nos diga lo que piensa del pecado mortal. « Es el mayor de todos los males, exclama; más quisiera arrojar me en medio de una hoguera encendida que cometer uno solo. » Nada nuevo nos enseña, ilustre santo; ya antes de tí todos los gloriosos mártires de Cristo fueron, los unos desollados vivos, los otros entregados á las fieras, otros en fin quemados á fuego lento, antes que pronunciasen una sola palabra que fuese un pecado mortal : « Padre nuestro que estás en los cielos, presérvanos de este mal, de esta lepra que se llama pecado mortal. »

Pero he dicho ya cual era la contestación á esta pregunta : ¿Qué pedimos á Dios con aquellas palabras : *libranos de mal*? El catecismo responde : pedimos á Dios que nos libre de los males de la otra vida. ¿Qué quiere decir esto, amados hermanos míos? Quiere decir que si, el pecado mortal es en este suelo un mal, una miseria más grande más temible que los más crueles sufrimientos, más que la misma muerte, los males de la otra vida con que lo hemos de expiar son incomparablemente mayores que todo lo que podemos imaginar. Los unos han de durar un tiempo mayor ó menor; ¡ay! los otros, los más crueles ne concluirán jamás. El purgatorio, y sobre todo el infierno, estan asimismo comprendidos en estas palabras : *Padre nuestro, que estás en los cielos... libranos de mal.*

He dicho el purgatorio. Éste, hermanos míos, es un mal muy poco comprendido, es un sufrimiento desconocido, y sime dirigiese á aquellos de entre vosotros que más fé tienen, que están más instruídos, que menos mal comprenden nuestra santa religión, muchos me contestarían: Contento estaría, si estuviese seguro de ir al purgatorio... Tened cuidado, aspirad á más. Cuando se quiere saltar un foso, hay que dirigir la mirada más allá del borde, porque sinó nos exponemos á no poder saltarlo. Los que únicamente aspiran al purgatorio, caerán en su mayor parte en el infierno; ¡ay! muchos de los que elevan sus aspiraciones hasta el cielo caen, y tal vez por largo tiempo, en ese barranco que se llama el purgatorio. El purgatorio es una mansión donde sufrimos los males de la otra vida : estos males, lo repito, no siempre se comprenden lo bastante; por esto, hermanos míos muy amados, nos olvidamos con

sobrada frecuencia de aliviar **con** nuestras buenas obras y con nuestras limosnas, á las almas de **nuestros** parientes que languidecen y sufren en aquellos tenebrosos calabozos. ¡ Pobres almas demasiado abandonadas! no en vano se habrá **presentado** vuestro recuerdo á mi memoria; desde lo alto de este púlpito, **me** vuelvo hácia el tabernáculo y voy á dirigir al Señor para vosotras **una** plegaria á que se uniran todos los fieles que me escuchan: Padre **nuestro**, que estás en los cielos, libra de los males que padecen á las **pobres** almas del purgatorio... Os conjuro, carísimos hermanos míos, á **que** os penetreis bien de este pensamiento y á que repitais estas palabras mientras asistais al santo Sacrificio de la Misa.

Sin embargo, hermanos **míos**, el mal más cruel, aquel de que debemos principalmente conjurar **á** la divina misericordia que nos preserve, es el infierno, mansión de **dolor** y de rugidos, de blasfemias y de tormentos indescriptibles, **donde** las almas réprobas permanecerán por toda la eternidad. Jamás **un** rayo de luz, jamás un rastro de esperanza penetrará en aquella **horrorosa** cárcel; una vez allí, todo se acabó, no se conoce á Dios más que **para** maldecirle, ni á la augusta Virgen María que para blasfemarla. **Pobres** condenados, convertidos en juguete de los demonios, se revolcarán **en** inmensos braseros por toda la eternidad. ¡ Adios, cielo! ¡ Adios, **delicias** del paraíso! ¡ Adios felicidad de los santos, deliciosos conciertos!...; **De** la mansión para la cual les había criado Dios! Jamás, jamás... **No** prosigo... ¡ Ah, hermanos míos muy amados, qué desgracia!... **Pidamos** á nuestro Padre que está en los cielos, que nos preserve de este **mal**, el más irreparable de todos los malos...

PERORACIÓN. — Así pues, hermanos míos, cuando dirigimos á Dios esta última petición de la **oración** dominical, podemos suplicarle que aleje de nosotros los males y las miserias de esta vida; pero, ante todo debemos reclamar de su **misericordia** que preserve á nuestra alma del pecado mortal, y sobre **todo** que nos conceda la gracia de que no suframos los males de la **otra** vida. Esta última clase de males, el purgatorio y especialmente el **infierno** son los que principalmente se han de temer... ¡ Cuánto me agrada la súplica del buen ladrón en la cruz! No dice: « Jesús, consérvame **la** vida ó cuando menos suaviza los sufrimientos que paso »: **nó**. « Señor, dice, hazme la gracia de llamarme á tu

reino », y merece oír estas palabras: « Hoy estarás conmigo en el paraíso. »; Oh, Padre nuestro que estais en los cielos, **libradnos de mal** y sobre todo del que podría alcanzarnos en la otra vida; concedednos la gracia de que vivamos bastante santamente para que también nosotros merezcamos un día ir á bendeciros allá arriba, en vuestro reino eterno!.. Así sea.

INSTRUCCION DECIMOSEXTA.

SOBRE LA ORACION DOMINICAL.

INSTRUCCION NOVENA.

EXCELENCIA DE LA FRASE: ASI SEA.

TEXTO. — *Sed libera nos a malo. Amen.* Mas libranos de mal. Así sea

(SAN MATEO, CAP. VI, VERS. 13.)

EXORDIO. — Hermanos míos, la oración dominical concluye, como casi todas las oraciones, con una breve frase, que no siempre es bien comprendida; con la palabra *Amen* ó *Asi sea*... Quisiera, con este motivo, daros algunas explicaciones. Pero antes voy á referiros dos hechos, sacado el uno de la vida de san Bernardo, y el otro creo que es de la vida de san Ignacio y de sus compañeros.

San Bernardo visitaba cierto día al venerable Pedro de Cluni, particular amigo suyo. Como gozaba ya de gran reputación de santidad, reunióse á los religiosos del monasterio á fin de que pudiese dirigirles algunas palabras edificantes. Hallábase entre los asistentes un humilde hermano converso en quien se fijó el santo abad de Clairvaux; y terminada su plática, dijole á su amigo señalándole aquel hombre: « Ved ahí la perla de vuestro monasterio; teneis sabios doctores y hábiles escritores... pero éste es más grande delante de Dios... » Sorprendido el venerable Pedro hizo avanzar á aquel humilde hermano que guar-